

# Rudolf Steiner

## La misión del Arcángel Micael

Sobre algunos secretos íntimos de la naturaleza humana

Ciclo de seis conferencias pronunciadas en Dornach, Suiza, 21 al 30 de noviembre de 1919 (GA 194)

### Primera conferencia, 21 de noviembre de 1919

En estos días desearía hablarles sobre la actitud que nosotros, hombres de nuestra época, podemos adoptar frente a la potencia espiritual conocida con el nombre de Micael, potencia que interviene en los destinos espirituales de la Tierra y, como consecuencia, también en sus demás destinos. A este propósito será necesario que empecemos por enumerar, ante estos importantes contenidos, los diferentes puntos de vista que entran aquí en juego, capacitando al ser humano a registrar con exactitud, con base en los síntomas que observamos en el mundo que nos circunda, las diferentes intervenciones de dicha potencia.

En efecto, hemos de tener presente que, para cualquier discusión seria de los asuntos del mundo espiritual, siempre nos es posible recurrir a aquello que se puede percibir en el mundo físico en torno nuestro como manifestación de las potencias espirituales: es como si penetráramos a través del velo del mundo físico para descubrir, tras él, las fuerzas efectivas del mundo espiritual. Lo que existe en el mundo físico es accesible a la observación de todo hombre; lo que se halla activo en el mundo espiritual sirve para resolver, desde este mundo espiritual, los enigmas que plantea el mundo físico. Sólo es necesario sentir estos enigmas de un modo adecuado y con toda la seriedad que requieren estos contenidos, puesto que no se pueden ligar las opiniones personales con una verdadera comprensión de aquello que no sólo atañe de una forma radical a toda la humanidad, sino también a todo el universo. Es menester liberarse de los intereses personales en su sentido limitado.

Sabemos que la llamada evolución terrestre fue precedida por otra, de modo que nos encontramos colocados dentro de un ciclo evolutivo cósmico completo; sabemos asimismo que esa evolución progresa, y que, llegada a un punto, trasciende hacia ulteriores etapas más avanzadas; y sabemos finalmente que, al relacionarnos con el mundo, nos encontramos no solamente con las entidades que integran los reinos mineral, vegetal y animal, sino también con otras superiores a dichos reinos y que sumariamente llamamos las entidades de las jerarquías superiores. Al referirnos a la evolución en su totalidad, siempre hemos de tomar en cuenta estas entidades.

A su vez, estos seres pasan por una evolución que podemos comprender si tenemos en cuenta ciertas analogías entre ellas y nuestra propia evolución humana, y entre ellas y la de los demás reinos de la Tierra. Les suplico tengan en cuenta lo siguiente: nosotros, los hombres, hemos pasado en nuestra evolución cósmica por la etapa Saturnal,

Solar y Lunar hasta llegar a nuestra Tierra. Las condiciones vitales en el ambiente terrenal corresponden, pues, al cuarto escalón evolutivo.

Veamos primero los seres inmediatamente superiores a nuestro nivel humano: los Ángeles. Por simple analogía comparativa podemos decir que ellos, con formas totalmente distintas a las de la existencia humana y, por de pronto, inaccesibles a nuestra percepción sensoria, ya han llegado al nivel evolutivo que nosotros sólo alcanzaremos en Júpiter. Luego siguen los Arcángeles, seres que se hallan en la etapa evolutiva que la humanidad alcanzará en Venus. Los Arcai, Espíritus del Tiempo, entidades que, en particular, Intervienen en nuestra evolución terrenal, ya se encuentran en la evolución de Vulcano.

Aquí surge una pregunta significativa: ¿en qué escalón se encuentra la siguiente clase superior de entidades, los llamados Espíritus de la Forma? Estos ya han rebasado la evolución de Vulcano, meta final para nosotros, los humanos. En tanto, pues, que habitualmente nos referimos a siete escalones, hemos de decir que los Espíritus de la Forma ya han alcanzado el octavo. En resumen: nosotros, los hombres, ocupamos el cuarto nivel evolutivo; en el octavo encontramos los Espíritus de la Forma.

Ahora bien, no debemos imaginarnos que esa seriación escalonada de la evolución tenga lugar en simple yuxtaposición, sino interpenetrándose entre sí. A semejanza de la atmósfera que circunda y compenetra la Tierra, así también esa octava esfera evolutiva a la que pertenecen los Espíritus de la Forma, compenetra nuestra vital esfera humana. Enfoquemos, pues, claramente dichas dos etapas de la evolución.

Como hombres, nos encontramos en una esfera que ha alcanzado un cuarto escalón evolutivo; pero además, si hacemos abstracción de cualesquiera otras conexiones a que pertenezcamos, participamos también de un reino que existe en torno nuestro y a través de nosotros, y que los Espíritus de la Forma han de considerar como suyo.

Ahora bien, observemos concretamente al hombre en su evolución, tal como a menudo lo hemos hecho aquí: hemos distinguido el sistema cefálico de sus demás sistemas constitutivos. Ya saben ustedes que ese resto de la constitución humana se divide, a su vez, en dos partes: la torácica y la de las extremidades; pero de esta división no nos ocupamos por ahora, sino que simplemente distinguiremos entre lo cefálico y, globalmente, lo que no lo es.

Para objetivar con una ilustración lo que acabo de decir, imagínense la superficie del mar, y al hombre vadeando y avanzando en él, de manera que únicamente vemos su cabeza. Esta imagen, y desde luego no es más que una imagen, les da una idea de la situación del hombre actual: todo el medio en que arraiga la cabeza formaría parte de la mencionada cuarta etapa evolutiva, en tanto que el elemento en que el hombre vadea, en que avanza caminando o nadando, hemos de designarlo como octava etapa de la evolución. En cuanto al desarrollo de su cabeza, lo extraño es que el hombre en cierto modo ha dejado atrás el elemento dentro del cual los Espíritus de la Forma desenvuelven sus funciones particulares; se ha emancipado con su sistema cefálico del elemento impregnado por dichos Espíritus.

La comprensión de fondo de este hecho es imprescindible para llegar a una concepción válida del ser humano, ya que sólo así se capta su posición peculiar en el mundo, es decir, se apreciará correctamente el hecho de que el hombre registra una cierta influencia creadora que sobre él ejercen los Espíritus de la Forma, no directamente por las facultades de su cabeza, sino a través de los efectos que el resto de su organismo le transmite a ésta. Ya saben ustedes que, fisiológicamente hablando, nuestras funciones respiratorias se hallan en relación con la circulación sanguínea, pero que, además, la sangre es empujada hacia la cabeza, de suerte que ésta se halla en conexión orgánica y vital con el resto del organismo: éste la nutre y la vitaliza.

Al ocuparnos de la cabeza, hemos de distinguir claramente dos aspectos: por una parte, que la cabeza se halla en conexión directa con el mundo exterior: si vemos un objeto, lo percibimos con nuestros ojos, conexión directa entre el mundo exterior y nuestra cabeza. Y por otra parte, que si estudiamos la vida de nuestra cabeza, su mantenimiento por el proceso respiratorio y circulatorio, la inyección de la sangre que procede del resto del organismo, asistimos a otro tipo de conexión entre la cabeza y el mundo circundante, conexión ya no directa, sino indirecta.

Claro está que se podría alegar en forma pedantesca que el aire aspirado entra por la boca y que, por lo tanto, la respiración es parte de la cabeza. Por eso dije que esto es simple imagen; de todos modos, en cuanto a su función orgánica, lo que se aspira por la boca no pertenece a la cabeza, sino al resto del organismo.

Recapitulemos los conceptos básicos que acabamos de exponer. Nos hallamos situados dentro de dos esferas: por una parte, la esfera de la evolución terrenal, cuarta etapa evolutiva a que pertenecemos como resultado de la evolución Saturnal, Solar, y Lunar; por otra, participamos de la vida en una esfera dominada por los Espíritus de la Forma, en el mismo sentido en que la Tierra pertenece a nosotros. Esta esfera, la octava, impregna la nuestra, la terrenal, con exclusión de nuestra cabeza, de modo que nos hallamos sumergidos en ella con todo el resto de nuestro organismo, es decir, con todo lo que no es percepción sensoria. Esto ya nos ofrece cierta base para nuestras reflexiones durante los próximos días.

No obstante, quiero aportar todavía algunos conceptos más que nos servirán para ampliar esta base. Si emprendemos el estudio de la vida desde el punto de vista de semejantes influencias, no podemos menos que tomar también en consideración a ciertas entidades que intervienen en los destinos del mundo y que ya hemos mencionado aquí varias veces: las entidades luciféricas y ahrimánicas. Digamos, para empezar, y ateniéndonos tan sólo a lo más superficial, a lo más exterior de dichas entidades, que ellas habitan las mismas esferas en las que nosotros somos moradores. En el aspecto más simple, podemos imaginarnos a las entidades luciféricas como portadoras de aquellas fuerzas que notamos dentro de nosotros cuando nos embarga la tendencia hacia lo fantástico o hacia la exaltación; es decir, hablando en imágenes, cuando nuestro ser quiere salirse de sí mismo, rebasar los límites de la cabeza. Si esto sucede, entran en juego ciertas fuerzas que, aunque desempeñen cierto papel dentro de nuestra

organización humana, son, en realidad, las fuerzas universales de las llamadas entidades luciféricas. Imagínense unos seres enteramente constituidos por aquello que en nosotros quiere salirse de sí mismo, y así tendrán una idea de los seres luciféricos que se hallan en cierta relación con nuestro mundo humano.

Inversamente, imagínense todo aquello que nos empuja hacia la tierra, todo aquello que nos convierte en filisteos faltos de imaginación, todo aquello que nos lleva a desarrollar una mentalidad materialista y que nos impregna del así llamado intelecto árido, y tendrán una visión de lo que son las potencias ahrimánicas.

Todo lo que acabo de expresar en términos psíquicos, puede manifestarse asimismo en términos más bien corpóreos. Se puede decir: el hombre se encuentra siempre en una especie de posición intermedia entre la tendencia que le imprime su sangre y la que le imprimen sus huesos. Estos últimos tienden continuamente a anquilosarnos, es decir, a endurecernos y así hacernos ahrimánicos incluso en lo corpóreo. En cambio, la sangre tiende a empujarnos más allá de nosotros mismos. En términos de patología, la sangre puede entrar en estado febril, entonces el hombre se ve empujado al fantaseo alucinatorio hasta en lo orgánico; en cambio, si los huesos invaden con sus características el resto del organismo, el hombre se osifica, se esclerotiza, fenómeno que en cierto grado se produce en casi todo hombre en la vejez. Lleva dentro de sí el elemento de muerte, necrotizante: esto es lo ahrimánico. Todo lo que reside en la sangre, tiene propensión hacia lo luciférico; todo lo que reside en los huesos, tiene propensión hacia lo ahrimánico, y el hombre es la posición de equilibrio entre ambos, así como también debe adoptar la posición de equilibrio en sentido anímico entre el arrebató y el filisteo yermo.

Pero podemos caracterizar estas dos entidades en un sentido aún más profundo, explorando primero cuáles son los intereses de las entidades luciféricas dentro de la existencia cósmica; encontramos entonces que el interés primordial, la máxima pretensión que las entidades luciféricas tienen en el universo, consiste en instigar al mundo, y particularmente el humano, a la apostasía, a renegar de las entidades espirituales divinas que hemos de entender como propiamente creadoras del ser humano. No es la ambición de estas entidades adueñarse del mundo; como ya he dicho en otras oportunidades acerca de las entidades luciféricas, lo que más les importa es precisamente inducir al hombre a renegar de las fuerzas divinas que puede sentir como propiamente suyas, a liberar al mundo de las entidades divinas.

Las entidades ahrimánicas tienen una intención distinta: están decididas a someter el reino humano y, con ello, el resto de la Tierra, a su propia esfera de influencia; dominar en primera medida a los hombres y someterlos a la dependencia. Así pues, en tanto que las entidades luciféricas siempre han aspirado, y siguen aspirando, a inducir a la humanidad a renegar de aquello que sienten su guía divina, las ahrimánicas tienen la tendencia a ir supeditando la humanidad y todo lo que pertenece a su esfera de poder.

De modo que en nuestro cosmos, con el que nosotros los hombres nos hallamos íntimamente entretejidos, existe una lucha entre las entidades luciféricas que pugnan por alcanzar la libertad universal y las ahrimánicas que aspiran a un poderío sempiterno,

siendo ésta la lucha que impregna nuestro medio vital en todas sus manifestaciones. Esta es la segunda idea importante que les suplico tengan presente para la continuación de nuestras reflexiones: el mundo en que vivimos se halla invadido por entidades luciféricas y ahrimánicas, y existe ese portentoso contraste entre la tendencia libertadora de las entidades luciféricas y el ansia de poder de las entidades ahrimánicas.

Si ustedes abarcan esta situación en una visión de conjunto, tendrán que decirse: el mundo sólo puede comprenderse si se enfoca con arreglo a una tríada, puesto que de un lado tenemos todo lo luciférico, del otro todo lo ahrimánico y, en medio de los dos, el ser humano, en estado de equilibrio entre los dos extremos, que ha de intuir lo tercero, esto es, su propio patrimonio divino.

Sólo así se logra comprender el mundo, partiendo de esa tríada y concibiendo la vida humana como una balanza: aquí el fiel, ahí un platillo, el luciférico, que en realidad tira hacia arriba; en el otro platillo lo ahrimánico, que en realidad empuja hacia abajo. Mantener el equilibrio de la balanza, ésa es la función esencial del ser humano.

Los iniciados en enigmas como éste, relacionados con la evolución espiritual de la humanidad, siempre han insistido en que la vida universal en la que el hombre participa, sólo puede interpretarse en sentido trinitario; no es posible interpretar su estructura básica relacionándola con algún otro número que no sea el tres. En nuestro lenguaje podemos decir: en la vida universal, lo luciférico representa un platillo de balanza, lo ahrimánico el otro, y el estado de equilibrio el Impulso Crístico.

Fácil es imaginar que tanto las potencias ahrimánicas como las luciféricas tienen interés en tergiversar este misterio del número tres, ya que su esclarecimiento capacita a la humanidad para establecer el equilibrio entre ambas. Esto quiere decir que la humanidad puede poner al servicio de una provechosa finalidad universal toda tendencia hacia la libertad, lo luciférico, como también toda tendencia hacia lo ahrimánico. El estado de consciencia más indicado para el hombre consiste precisamente en buscar su justo lugar dentro de esa condición trinitaria del mundo, dentro de la estructura del mundo, en la medida en que le subyace la tríada.

Ahora bien, entre las influencias que tienen ascendente sobre la vida espiritual y cultural humana ha venido existiendo, y sigue existiendo –y en las próximas dos conferencias nos ocuparemos en detalle de los orígenes de esa existencia– una fuerte tendencia a confundir al hombre en cuanto a ese significado de la tríada, en realidad un número sagrado. En la cultura moderna podemos observar claramente que esa estructura ternaria se halla ocupada por una estructura binaria, es decir, por el predominio de lo dual. En efecto, incluso para comprender debidamente el “Fausto” de Goethe, es necesario saber que hasta en ese portentoso drama de la literatura universal, existe esta enorme confusión en cuanto a lo ternario. Ya lo he explicado aquí en varias ocasiones. Si Goethe, en su época ya hubiera sido capaz de comprender la relación de las cosas, no habría representado como adversario de Fausto, como su pervertidor, a la potencia mefistofélica únicamente, sino que habría contrapuesto a esa potencia, idéntica a la ahrimánica, la

potencia luciférica: Lucifer y Ahriman saldrían en escena como dos actores distintos. Asimismo, si se estudia el personaje de Mefistófeles, se notará que Goethe por doquiera hizo una mezclanza del elemento luciférico y ahrimánico: la figura del Mefistófeles de Goethe mezcla dos ingredientes. No es una figura unívoca que concuerde consigo misma; es un conjunto abigarrado de elementos luciféricos y ahrimánicos, como lo he explicado más extensamente en mi pequeño escrito “El modo de pensar de Goethe” (“Goethes Geistesart”). Esta confusión, que se manifiesta aún en el Fausto de Goethe, está basada en la creencia errónea que ha surgido en la evolución de la humanidad –en otros tiempos la cosa era distinta– de poner, al considerar la estructura del mundo, la dualidad en el lugar de la tríada, es decir, se ve el principio bueno en un lado y el malo en el otro: Dios y el Diablo.

Hemos de constatar entonces que, para obtener una visión clara de la estructura del mundo, se ha de reconocer el principio trinitario, es decir, se ha de reconocer el enfrentamiento del elemento luciférico y del ahrimánico y comprender que el principio divino consiste en mantener el equilibrio entre ambos. En contraposición con esta verdad, nos encontramos con que se ha infiltrado en la evolución espiritual de la humanidad un craso error: el dualismo de Dios y el Diablo, la dualidad entre las potencias divino-espirituales arriba y las diabólicas abajo.

Es como si al hombre se lo tratara de apartar a empujones, se lo tratara de echar fuera de la posición de equilibrio si se le oculta el hecho de que la sana comprensión del mundo consiste en la captación correcta de la tríada, desviándole hacia la creencia de que la estructura del mundo se halla condicionada por el principio dual. Así y todo, algunos de los más nobles afanes humanos han sucumbido a ese error.

Para hacerle justicia a ese punto, hay que hacerlo sin prejuicios: hay que situarse en una esfera desprejuiciada y hay que saber distinguir rigurosamente entre las cosas y los nombres; no dejarse seducir por la opinión de que, con sólo dar determinado nombre a alguna entidad, esa entidad ya ha obtenido para el hombre su debida filiación emotiva.

Si queremos asir el concepto de las entidades divinas que el hombre ha de considerar como suyas, procede decir que su concepción adecuada requiere imaginárselas estableciendo el equilibrio entre el principio luciférico y el ahrimánico. Sin avenirse a esa estructura ternaria no es posible que el hombre desarrolle la actitud correcta frente a ellas. Estudien ustedes desde este punto de vista un poema como “El Paraíso Perdido” de Milton, o bien la “Mesíada” de Klopstock, nacida bajo la influencia del “Paraíso Perdido”. En ambos falta toda comprensión auténtica de la estructura ternaria del mundo: hay una lucha entre lo supuestamente bueno y lo supuestamente malo, entre el cielo y el infierno. He aquí un buen ejemplo de la engañosa dualidad inyectada en la evolución espiritual de la humanidad: en dos poemas de innegable categoría universal se halla entremezclado el contraste engañoso de cielo e infierno, tan arraigado en la conciencia popular.

De nada sirve el que Milton y Klopstock den el nombre de divinas a las entidades del cielo; sólo serían divinas en el sentido en que el hombre las sintiera con base en una estructura ternaria de la existencia universal. Entonces sí se podría decir que tiene lugar

una lucha entre el principio bueno y el principio malo. Esos dos poemas, sin embargo, se basan en un dualismo, en uno de cuyos dos polos se coloca el bien, es decir, se le adjudican nombres que, en rigor, correspondería a las entidades de origen divino, y en el otro polo se coloca el elemento diabólico o anti-divino. ¿Qué se ha hecho en realidad con ello? En realidad, lo que se ha hecho es nada menos que extirpar de la conciencia lo verdaderamente divino dándole el carácter de divino a lo luciférico. En verdad, se trata de una lucha entre Lucifer y Ahriman, sólo que a éste se le dan algunos atributos luciféricos, en tanto que al reino de Lucifer se le adjudican atributos divinos.

Ya ven ustedes la enorme trascendencia de una reflexión como ésta. La gente cree que el antagonismo puesto en evidencia en el “Paraíso Perdido” o la “Mesíada”, corresponde a un enfrentamiento entre elementos divinos e infernales, cuando en realidad se trata de un choque del elemento luciférico con el ahrimánico. No hay conciencia del auténtico elemento divino, y en cambio, se le cuelgan nombres al elemento luciférico que sólo debieran aplicarse a lo divino.

Ahora bien, dichos poemas son sólo creaciones espirituales que resaltan sobre la conciencia moderna, puesto que lo que vive en ellos representa a su vez la conciencia general de la humanidad, en la que ha penetrado el obcecado error del principio dual y quedado proscripta la verdad de la trinidad. Algunas de las producciones más profundas de la época, y desde cierto punto de vista justificadamente apreciadas como tales, son un gran engaño, “maya” cultural, nacida de la profunda ilusión en que se encuentra la humanidad moderna. Este engaño es, en el fondo, engendro de las influencias ahrimánicas, de las influencias que algún día se concentrarán en la encarnación de Ahriman, de la que ya les hablé en cierta ocasión. Este error en que nos hallamos envueltos no es sino el resultado de aquella concepción equivocada del mundo que por doquiera en la civilización moderna brota de la contraposición de cielo e infierno. El cielo es considerado divino y el infierno diabólico, cuando en realidad existe en un lado lo luciférico, al que se da por llamar celestial y, en el otro lo ahrimánico, llamado infernal.

¡Cuántos intereses han venido cobrando auge en la historia cultural moderna! La estructura ternaria, incluso en lo referente al organismo humano, o a la entidad humana como un todo, ha sido en cierto modo derogada para la civilización occidental a consecuencia del Octavo Concilio Ecuménico de Constantinopla en el año 869. Se erigió en dogma que el cristianismo no ha de creer en una entidad humana trinitaria, sino tan sólo en una entidad humana binaria. Quien creyera en cuerpo, alma y espíritu era mal visto, y los teólogos y filósofos medievales que todavía poseían amplios conocimientos de la verdad, tuvieron que hacer grandes esfuerzos para esquivarla, ya que la llamada tricotomía, esto es, la estructura del ser humano como cuerpo, alma y espíritu, había sido declarada herejía. Se les obligó a atenerse en sus enseñanzas al dualismo: el hombre como integrado por cuerpo y alma, no por cuerpo, alma y espíritu. Y esto es precisamente algo respecto de lo cual ciertas entidades espirituales y ciertas agrupaciones humanas muy bien saben el enorme significado que tiene para la vida espiritual humana imponer la estructura binaria en lugar de la ternaria.

A estas honduras hay que llegar si se quiere comprender todo el alcance de la advertencia del padre jesuita Zimmermann, publicado en el número del mes de agosto de la revista "Stimmen der Zeit" ("Voces del Tiempo"), advirtiendo que uno de los recientes decretos del Santo Oficio de Roma prohíbe a los católicos la lectura o posesión de escritos teosóficos o la participación en cualquier actividad teosófica, so pena de no obtener la indulgencia. El padre jesuita Zimmermann, en las "Voces del Tiempo" (antes publicadas con el nombre de "Voces de Marialach"), interpreta este decreto en el sentido de que debe aplicarse sobre todo a mi Antroposofía, en otras palabras, que los católicos que deseen que Roma los considere auténticos, no deberán ocuparse de la literatura antroposófica. Zimmermann aduce como una de las razones fundamentales en apoyo a su recomendación el que en la Antroposofía se distingue la naturaleza humana según cuerpo, alma y espíritu, es decir que se está enseñando una herejía frente a la ortodoxia que consiste en distinguir el ser humano según cuerpo y alma únicamente.

También les he mencionado ya que esta distinción de cuerpo y alma ha sido recogida, sin que se dieran cuenta, por los filósofos modernos que creen dedicarse a una ciencia libre de prejuicios, y que creen que la constitución del hombre como cuerpo y alma es el resultado de la observación objetiva. En realidad, también ellos no hacen sino seguir el dogma que se ha infiltrado en la historia cultural de la era moderna. Lo que hoy se considera como ciencia es, en el fondo, algo totalmente dependiente de factores que, en tiempos relativamente recientes, se han introducido en el mundo. No crean ustedes que por medio de buenas palabras sea posible convertir a los que calumnian a la Antroposofía desde semejantes centros, o de tornarles a cierta actitud de tolerancia hacia ella. La Antroposofía deberá abrirse paso en el mundo por sí misma y no por la protección de cualesquiera poderes, por cristianos que se les considere. Sólo por su propia fuerza interior podrá la Antroposofía lograr lo que ella ha de lograr en el mundo.

Tengan en cuenta: el Impulso Crístico sólo puede comprenderse si se le considera como impulso equilibrante entre lo ahrimánico y lo luciférico, si se le sabe dar su lugar correcto dentro de la tríada. Planteémonos la pregunta: ¿qué hay que hacer si se quiere desorientar a los hombres en cuanto a la verdadera naturaleza del Impulso Crístico? Hay que desviarles de la verdadera estructura ternaria del mundo y conducirlos hacia el engaño de la dualidad, que sólo tiene su justificación en el reino de lo manifiesto, mas no allí donde se trata de desentrañar lo que existe detrás de la manifiesto, lo que se encuentra en la esfera de lo verdadero.

Pongamos en claro que en asuntos como éste hemos de trascender los meros nombres. Con sólo ponerle a algo el nombre de Cristo, no habremos acertado con Cristo. Y se puede impedir el acertar a Cristo con su verdadero nombre, poniendo en el lugar de un concepto trinitario un concepto dual. En otras palabras, si alguien se propusiera impedir al hombre adquirir un concepto real de Cristo, le bastaría con esa substitución de lo trinitario por lo dual. Inversamente, si es cuestión de señalar hacia el Impulso Crístico en sentido genuino, es necesario contraponer a lo dual la trinidad. Para ello no es necesario que nos erijamos en anti-herejes, siguiendo el ejemplo de otros anti-herejes;



no hace falta que de hoy en adelante ustedes declaren el “Paraíso Perdido” o la “Mesíada” como literatura condenada. Podrán seguir gozando naturalmente de su belleza y magnificencia, pero habrán de tener una clara visión de que, en poemas como los mencionados, que constituyen precisamente la floración de la vida de la civilización actual popularizada, no se menciona a Cristo en absoluto, puesto que tales poemas nacen del concepto engañoso de que todo lo que no forma parte de la evolución humana lleva a lo diabólico, y que por el otro se ubica lo divino. De este modo sólo se llega a lo luciférico. En el “Paraíso Perdido” se describe, en realidad, la expulsión del hombre del reino de Lucifer hacia el reino de Ahriman, y se describe la añoranza de los hombres, no hacia lo divino, sino hacia el paraíso perdido, que en este caso quiere decir, hacia el reino de Lucifer. Ustedes harán justicia a los dos poemas mencionados si ven en ellos bellísimas páginas de la nostalgia humana por el reino luciférico; esto es lo que ustedes han de ver en ellos, porque eso es lo que son.

Ciertas ideas que han invadido la humanidad moderna necesitan de una gran revisión. Si hoy nos disponemos seriamente a pensar y a sentir antroposóficamente, no podemos contentarnos con decisiones pequeñas; hemos de tomar grandes decisiones; tomar muy en serio una palabra a menudo empleada por Nietzsche: la revalorización de los valores. Las revalorizaciones de la humanidad moderna requieren de un cambio de valores radical.

En manera alguna quiere esto decir que haya que convertirse en anti-hereje. En el Goetheanum representamos frecuentemente escenas del “Fausto”, y personalmente yo dediqué decenios de mi vida al estudio de Goethe. Pero en mi opúsculo “El Modo de Pensar de Goethe”, ustedes pueden darse cuenta de que no me cegué frente a la equívoca característica que alienta en la figura del Mefistófeles goetheano. Sería una actitud filístea si dijéramos: el Mefistófeles de Goethe es equívoco, por lo tanto, ¡eliminémoslo! De hacerlo así, haríamos lo que ciertos tribunales de inquisidores. Como hombres modernos no hemos de recaer en semejante barbarie. Pero tampoco debemos darnos por satisfechos, cómodamente, con lo que, procedente de la vida cultural moderna, se le ha hecho carne a multitudes. Muchísimo es lo que la humanidad tendrá que aprender; muchas serán las revalorizaciones que tiene que llevar a cabo.

Todo ello se relaciona con la misión de Micael respecto a las entidades de las jerarquías superiores con las que él, a su vez, se halla en contacto. En las próximas dos conferencias nos ocuparemos de cómo se puede llegar a la comprensión de los impulsos que, procedentes de la entidad Micaélica, irradian hacia nuestra existencia humana terrenal.

\*\*\*\*\*